

de los dos ó tres amigos que la visitaban, fué perdiendo la costumbre de estar con ella. Aquellos dos seres, acostumbrados en otro tiempo á pensar juntos, ya no tuvieron sino de cuando en cuando esos ratos de comunicación, de abandono, de expansión que constituyen la vida del corazón, y por fin se dió el caso de que sus raras intimidades cesaran del todo. Los padecimientos físicos acudieron en auxilio de aquella pobre mujer y la ayudaron á soportar una vida, una separación que la habría matado, si no hubiera muerto antes. Sintió tan vivos dolores, que se tuvo por feliz no haciendo testigo de ellos al hombre á quien seguía amando. Contemplaba á Baltasar una parte de la noche, y sabiendo que estaba contento como quería estarlo, acariciaba aquella satisfacción que ella le había proporcionado. Aquel menguado goce le bastaba: no se metía ya á averiguar si era amada; se esforzaba por creerlo, y se deslizaba por aquella capa de hielo sin atreverse á hacerse firme en ella, temerosa de romperla y de ahogar su corazón en una espantosa nada. Como no perturbaba aquella calma ningún acontecimiento, y la enfermedad que consumía lentamente á la señora Claes contribuía á aquella paz interior, manteniendo el cariño conyugal en un estado pasivo, fácil fué aguardar en tan monótono estado los primeros días del año 1816.

A fines del mes de febrero, el notario Pierquin asestó el golpe que debía precipitar en la tumba á una mujer angelical cuya alma estaba casi sin pecado, como decía el P. Solís.

—Prima, le dijo al oído aprovechando un momento en que sus hijas no podían oír su conversación, Claes me ha encargado que pida prestados trescientos mil francos sobre sus propiedades; conquese así, toma precauciones para la fortuna de tus hijos.

La señora Claes juntó las manos, levantó los ojos y dió gracias al notario con una benévola inclinación de cabeza y una sonrisa tan triste que le conmovió. Aquella frase fué una puñalada que mató á Pepita. Aquel día había estado haciendo reflexiones tristes que le oprimían el corazón, y se encontraba en una de esas situaciones en que el viajero, no conservando ya su equilibrio, rueda empujado por un pequeño guijarro hasta el fondo del precipicio por cuyo borde ha andado animosamente. Cuando el notario se marchó, la señora Claes pidió á Margarita todo lo necesario para escribir, reunió sus fuerzas y se ocupó largo rato en redactar un

escrito testamentario, suspendiendo esta tarea varias veces para mirar á su hija. La hora de las confesiones había llegado. Encargada de la dirección de la casa desde la enfermedad de su madre, Margarita había respondido tan bien á las esperanzas de la moribunda que ésta consideró el porvenir de su familia sin desesperación, viéndose revivir en aquel ángel amante y fuerte. Ambas mujeres presentían sin duda que tendrían que hacerse mutuas y tristes confidencias; la hija miraba á la madre tan luego como ésta miraba á aquella, y á las dos se les llenaban los ojos de lágrimas. Más de una vez, Margarita, en el momento en que la señora Claes descansaba, decía: «¿Madre?» como si fuera á hablar; pero se detenía, como sofocada, sin que su madre, harto ocupada con sus últimos pensamientos, le preguntara por qué la llamaba. En fin, Josefina quiso ocultar su carta; Margarita, que la alumbraba con una vela, se retiró con discreción para no ver á quién ponía el sobre.

—Puedes leerlo, hija mía, le dijo su madre con acento desgarrador.

Margarita vió que su madre escribía estas palabras: *A mi hija Margarita.*

—Hablares de esto cuando haya descansado, añadió guardando la carta debajo de la almohada.

En seguida se tendió como si se hubiera quedado extenuada después del esfuerzo que acababa de hacer, y durmió algunas horas. Cuando se despertó, sus dos hijas y sus dos hijos estaban arrodillados junto á su cama y rezaban con fervor. Era un jueves: Gabriel y Juan acababan de llegar del colegio, llevados por Manuel Solís, nombrado hacía seis meses profesor de historia y de filosofía.

—Hijos míos, fuerza es que nos despidamos, les dijo la madre. Vosotros no me abandonáis, mientras que el que... No acabó la frase.

—Manuel, dijo Margarita al ver que su madre perdía el color, haga usted el favor de decir á mi padre que mamá está peor.

El joven Solís subió al laboratorio, y después de conseguir de Lemulquinier que Baltasar saliera á hablarle, éste respondió á la recomendación apremiante del joven:—Ya voy.

—Amigo mío, dijo la señora Claes á Manuel cuando estuvo de vuelta, llévase usted á mis dos hijos y vaya á bus-

car á su tío. Creo que necesito que me dé los últimos sacramentos, y quisiera recibirlos de su mano.

Cuando se quedó sola con sus dos hijas, hizo una seña á Margarita que, comprendiéndola, sacó del cuarto á Felicia.

—Yo también tenía que hablar con usted, querida mamá, dijo luego Margarita que, no pareciéndole su madre tan grave como en realidad estaba, ahondaba la herida abierta por Pierquin. Hace ya diez días que no tengo dinero para los gastos de la casa y debo á los criados seis meses de salario. Dos veces he querido pedir dinero á mi padre, y no me he atrevido. Y usted no sabe otra cosa. Que se han vendido los cuadros de la galería y también la bodega.

—Nada me ha dicho de eso, contestó la señora Claes, ¡Oh Dios mío! A tiempo me llamáis á vuestro lado. ¡Pobres hijos míos! ¿Qué será de vosotros?

En seguida prorrumpió en una ardiente plegaria que hizo asomar á sus ojos los ardorosos destellos del arrepentimiento.

—Margarita, dijo al poco rato sacando la carta de debajo de la almohada; aquí te entrego un escrito que no abrirás ni leerás hasta el momento en que, después de mi muerte, te veas en la mayor necesidad, es decir, cuando aquí no tengáis que comer. Margarita, quiere mucho á tu padre, pero cuida de todos tus hermanos. De aquí á pocos días, quizás dentro de algunas horas, estarás al frente de la casa. Sé económica. Si tuvieras que oponerte á las voluntades de tu padre, lo que puede suceder porque ha gastado crecidas cantidades en buscar un secreto cuyo descubrimiento debe ser objeto de una gloria y de una fortuna inmensas, tendrá sin duda necesidad de dinero y tal vez te lo pida; en ese caso despliega toda tu ternura de hija y procura conciliar los intereses de que serás la única protectora con lo que debes á un padre, á un grande hombre que sacrifica su felicidad, su vida, al engrandecimiento de la familia; á un hombre que no puede faltar más que en la forma, pues sus intenciones serán siempre nobles; á un hombre excelente, de un corazón cariñoso; vosotros le volveréis á ver bueno y afectuoso. Yo he debido decirte esto porque me hallo á las puertas de la muerte. Si quieres mitigar los dolores que ahora siento, prométeme, hija mía, que me sustituirás para con tu padre, que no le darás ningún disgusto; no le censures por nada, ni te metas á juzgarlo. En fin, sé una media-

nera agradable y complaciente hasta que, terminada su obra, vuelva á ser jefe de su familia.

—La comprendo á usted, querida madre, dijo Margarita besando los ardorosos ojos de la moribunda, y haré lo que usted desea.

—No te cases, ángel mío, hasta que Gabriel pueda sustituirte en la dirección de los negocios y de la casa. Quizás tu marido, si te casaras, no compartiera tus sentimientos, perturbara á la familia y atormentara á tu padre.

Margarita miró á su madre, y le dijo:

—¿No tiene usted ninguna otra recomendación que hacerme respecto á mi matrimonio?

—¿Titubearías, hija mía? preguntó la moribunda asustada.

—No; prometo obedecer á usted.

—Pobre hija, no he sabido sacrificarme por vosotros, contestó la madre derramando lágrimas ardientes, y te pido que te sacrifiques por todos. La felicidad la hace á una egoísta. Sí, Margarita, he sido débil porque era feliz. Sé fuerte; conserva la suficiente razón por aquellos que no la tengan aquí. Haz de modo que ninguno de tus hermanos me acuse nunca. Ama á tu padre, pero no le contraríes... demasiado.

Dejó caer la cabeza en la almohada y no añadió ni una palabra; la habían engañado sus fuerzas. La lucha interior entre la Mujer y la Madre había sido violenta en demasía. Al poco rato llegó el clero, precedido por el P. Solís, y las gentes de la casa llenaron el locutorio. Cuando comenzó la ceremonia, la señora Claes, á quien despertó su confesor, miró á todas las personas que la rodeaban y no vió entre ellas á Baltasar.

—¿Y el señor? preguntó.

Pronunció esta palabra, en la que se resumía su vida y su muerte, con un tono tan lamentable, que causó un estremecimiento horrible entre todos los circunstantes. Marta salió rápida como una flecha, á pesar de su edad avanzada, subió las escaleras y llamó estrepitosamente á la puerta del laboratorio.

—Señor, gritó con la violencia de la indignación, la señora se muere y le esperan á usted para administrarla.

—Ya bajo, contestó Baltasar.

Lemulquinier salió al poco rato diciendo que su amo le

seguía. La señora Claes no apartó la mirada de la puerta, pero su marido no se presentó hasta después de terminada la ceremonia. El P. Solís y los niños estaban á la cabecera de la moribunda. Al ver entrar á su marido, Josefina se puso colorada y por sus mejillas resbalaron algunas lágrimas.

—Sin duda ibas á descomponer el nitrógeno, le dijo con una dulzura angelical que conmovió á los circunstantes.

—Ya está hecho, contestó con aire satisfecho. El nitrógeno contiene oxígeno y una substancia de la naturaleza de los imponderables, que, á no dudarlo, es el principio de la...

Resonaron murmullos de horror que le interrumpieron y le devolvieron su presencia de ánimo.

—¿Qué es lo que me han dicho? repuso. ¿Que te encuentras peor? Pero ¿qué ha sucedido?

—Lo que sucede, señor mío, le dijo al oído el P. Solís indignado, es que su mujer de usted se muere y usted la ha matado.

Sin aguardar respuesta, el P. Solís se cogió del brazo de Manuel y salió seguido de los niños que le acompañaron hasta el patio. Baltasar se quedó como herido de un rayo y miró á su mujer derramando algunas lágrimas.

—Pero ¿qué es lo que dice? ¿Que te mueres y yo te he matado?

—Baltasar, le contestó su mujer; yo no vivía sino por ti, y tú, sin saberlo, me has retirado mi vida.

—Dejadnos solos, dijo Claes á sus hijos en el momento en que volvían á entrar. ¿He cesado un momento de amarte? repuso sentándose á la cabecera de la cama y cogiendo una mano de su mujer, que besó.

—Baltasar mío, no te vituperaré por nada. Me has hecho feliz, demasiado feliz; no he podido sostener la comparación de los primeros días de nuestro matrimonio, que estaban llenos, y de estos últimos días durante los cuales no has sido lo que eras, y que han estado vacíos. La vida del corazón tiene sus acciones como la vida física. Hace seis años que has muerto para el amor, para la familia, para todo cuanto constituía nuestra felicidad. No te hablaré de las venturas que han sido patrimonio de la juventud; deben cesar en el ocaso de la vida; pero dejan frutos de que se alimentan las almas, una confianza sin límites, plácidas costumbres; pues bien, tú me has arrebatado estos tesoros de

nuestra edad. Yo me marché á tiempo; ya no vivimos juntos por ningún concepto; me ocultabas tus pensamientos y tus acciones. ¿Cómo has llegado á temerme? ¿Te he dirigido jamás una mirada, una palabra, un ademán que indicasen censura? Pues bien, has vendido tus últimos cuadros, has vendido hasta los vinos de tu bodega, y pides otra vez dinero prestado sobre tus bienes sin haberme dicho una palabra. ¡Ah! Veo que saldré de la vida, disgustada de la vida. Si cometes faltas, si te ciegas persiguiendo lo imposible, ¿no te he demostrado que había en mí bastante amor para compartir tus faltas, para ir siempre á tu lado aunque me hubieses llevado por los senderos del crimen? Me has amado demasiado bien; en eso consiste mi gloria y mi dolor. Mi enfermedad ha durado mucho tiempo, Baltasar; ha empezado el día en que en este mismo sitio en que voy á expirar me probaste que pertenecías á la Ciencia más que á la Familia. Ahora tienes á tu mujer muerta y tu propia fortuna consumida. Tu fortuna y tu mujer te pertenecían, podías disponer de ellas; pero el día en que yo no exista, mi fortuna será de tus hijos y tú no podrás tomar nada de ella. ¿Qué será de ti? Ahora te debo decir la verdad, los moribundos ven en lontananza: ¿dónde estará en adelante el contrapeso que iguale en la balanza la pasión maldita de que has hecho tu vida? Si tú me has sacrificado á ella, tus hijos serán muy leves ante tí, porque debo hacerte la justicia de confesar que me preferías á todo. Dos millones y seis años de trabajos han ido á parar á ese abismo, y tú no has descubierto nada...

Al oír esto, Claes apoyó la cabeza encanecida entre sus manos y se tapó la cara.

—Y no descubrirás nada ni encontrarás más que el vilipendio para ti y la miseria para tus hijos, repuso la moribunda. Ya te llaman por mofa Claes el alquimista; con el tiempo te llamarán Claes el loco. Yo creo en tí, sé que eres grande, ilustrado, lleno de genio; mas para el vulgo el genio se parece á la locura. La gloria es el sol de los muertos; mientras vivas serás desgraciado como todo lo que fué grande, y arruinarás á tus hijos. Me voy del mundo sin haber gozado de tu fama, que me habría consolado por haber perdido la felicidad. Pues bien, querido Baltasar, para hacer menos amarga esta muerte, sería menester que yo tuviese la seguridad de que á nuestros hijos no les faltará

un pedazo de pan; pero nada, ni siquiera tú, podría calmar mis inquietudes...

—Te juro, dijo Claes, que...

—No jures, para no tener que faltar á tus juramentos. Nos debías tu protección, y nos ha faltado hace cerca de siete años. La Ciencia es tu vida. Un grande hombre no puede tener mujer ni hijos. ¡Idos solos por vuestros caminos de miserias! Vuestras virtudes no son las de las personas vulgares, y como sólo pertenecéis al mundo, no podéis pertenecer á una mujer ni á una familia. Secáis la tierra en torno vuestro como hacen los árboles corpulentos. Yo, pobre planta, no he podido elevarme á bastante altura y expiro á la mitad de tu vida. Aguardaba este día postrero para revelarte tan horribles pensamientos, que he descubierto á los relampagueantes fulgores del dolor y de la desesperación. ¡Ten consideración á nuestros hijos! ¡Que resuenen estas palabras en tu corazón! Te las repetiré hasta que exhale el último suspiro. La mujer ha muerto; la has despojado lenta y gradualmente de sus sentimientos, de sus placeres. ¡Ah! A no ser por ese cruel cuidado que te has tomado involuntariamente, ¿habría yo vivido tanto tiempo? Pero esos pobres niños no me abandonaban, no; han crecido junto á mis dolores, y la madre ha sobrevivido. Ten consideración á nuestros hijos.

—¡Lemulquinier! gritó Baltasar con voz tonante. El viejo criado se presentó al punto.—Ve allá arriba á destruirlo todo, máquinas, aparatos; hazlo con precaución, pero destrózalo todo. ¡Renuncio á la ciencia! dijo á su mujer.

—Es ya demasiado tarde, contestó ésta mirando á Lemulquinier. ¡Margarita! exclamó sintiéndose morir. Margarita apareció en el umbral de la puerta, y lanzó un grito penetrante al ver los ojos casi vidriosos de su madre.— ¡Margarita! repitió la moribunda.

Esta última exclamación encerraba un llamamiento tan enérgico á su hija, la investía de tanta autoridad, que aquel grito era todo un testamento. La familia asustada acudió y vió expirar á la señora Claes, que había gastado las últimas fuerzas de su vida en su conversación con su marido. Baltasar y Margarita, inmóviles, ella á la cabecera y él á los pies de la cama, no podían persuadirse de la muerte de aquella mujer, cuyas virtudes é inextinguible cariño ellos

solos conocían. El padre y la hija cambiaron una mirada grávida de pensamientos; la hija juzgaba á su padre, y éste temblaba ya al suponer que encontraría en su hija el instrumento de una venganza. Aunque los recuerdos del amor de que su mujer había llenado su vida acudiesen en tropel á asediar su memoria y diesen á las últimas palabras de la difunta una santa autoridad que debía hacerle oír siempre su voz, Baltasar dudaba de su corazón demasiado débil contra su genio; además, percibía un terrible fragor de pasión que le negaba la fuerza de su arrepentimiento y le daba miedo de sí mismo. Al desaparecer aquella mujer, todos comprendieron que la casa Claes tenía un alma y que esta alma faltaba ya. Así fué que la familia experimentó tan gran quebranto que el locutorio, donde la noble Josefina parecía revivir, quedó cerrado; nadie se atrevía á penetrar en él.

La sociedad no practica ninguna de las virtudes que exige á los hombres; á toda hora comete crímenes, pero los comete de palabra; prepara las malas acciones por medio de la broma, como degrada lo bello por medio del ridículo; se burla de los hijos que lloran demasiado á sus padres y anatematiza á los que no los lloran bastante; y luego se entretiene en sompesar los cadáveres antes que se hayan enfriado. La noche del día en que la señora Claes expiró, los amigos de esta buena mujer echaron algunas flores sobre su tumba entre dos partidas de *wisth*, encomiaron sus buenas cualidades mientras jugaban á oros ó á copas, y después de algunas frases lacrimosas que son el abecé del dolor colectivo y que se pronuncian con las mismas entonaciones, sin mayor ni menor sentimiento, en todos los países de Francia y á toda hora, cada cual se puso á calcular el valor de la herencia. Pierquin fué el primero que hizo observar á los que hablaban de aquel suceso que la muerte de tan excelente mujer había sido un bien para ella, por cuanto su marido la hacía muy desgraciada; pero que lo era mucho mayor para sus hijos, porque Josefina no habría sabido negar su fortuna á un marido á quien adoraba, mientras que ahora Claes ya no podía disponer de ella. Y cada cual se ponía á calcular la herencia de la pobre señora Claes, á valuar sus ahorros, sin saber si los había hecho ó no, á inventariar sus alhajas, á enumerar las prendas de su guardarropa, á registrar sus cajones, mientras la familia afligida

lloraba y rezaba alrededor del lecho mortuario. Con el golpe de vista de un perito tasador de fortunas, Pierquin calculó que los propios de la señora Claes, empleando su expresión, podían aún averiguarse y ascender á la cantidad aproximada de millón y medio de francos, representada bien por el bosque de Waignies, cuya madera había adquirido hacia doce años, y contó sus arboledas, sus resalvos, los antiguos, los modernos, ó bien por las propiedades de Baltasar, que aun era *bueno* para cubrir lo que correspondía á sus hijos, si el valor de la liquidación no alcanzaba á satisfacer lo que les debía. Margarita era, pues, para hablar siempre en su lenguaje, un partido de cuatrocientos mil francos.—Pero, añadía, si no se casa pronto, lo cual la emanciparía, y permitiría subastar el bosque de Waignies, liquidar la parte de los menores y colocarla de modo que el padre no la pudiera tocar, Claes es hombre capaz de arruinar á sus hijos. Cada cual se puso entonces á pensar qué jóvenes había en la provincia capaces de aspirar á la mano de la señorita Claes, pero nadie dispuso al notario la galantería de creerle digno de ella. Este encontraba siempre razones para desechar cada uno de los partidos propuestos como indigno de Margarita. Los interlocutores se miraban sonriendo y se complacían en prolongar aquella malicia provinciana. Pierquin había visto ya en la muerte de la señora Claes un acontecimiento favorable para sus pretensiones, y despedazaba ya aquel cadáver en provecho propio.

—Esa buena mujer, pensó al entrar en su casa para acostarse, era orgullosa como un pavo real y jamás me habría dado á su hija. ¿Por qué no he de manejarla ahora de modo que pueda casarme con ella? El padre Claes es un hombre ebrio de carbono que ya no se cuida de sus hijos; si le pido la mano de su hija, después de convencer á Margarita de lo apremiante que es para ella casarse á fin de salvar la fortuna de sus hermanos, se dará por muy contento de desembarazarse de una hija que puede pedirle cuentas.

Se durmió vislumbrando las bellezas matrimoniales del contrato, meditando todas las ventajas que podía ofrecerle este negocio y las garantías que encontraba para su felicidad en la joven con quien se enlazaba. Era difícil hallar en la provincia una doncella más delicadamente hermosa ni mejor educada que Margarita. Su modestia, su gracia eran comparables á las de la bonita flor que Manuel no se había

atrevido á nombrar en su presencia, por temor de descubrir los secretos anhelos de su corazón. Sus sentimientos eran levantados, sus principios, religiosos; debía ser una esposa casta; pero no tan sólo lisonjeaba la vanidad que todo hombre cifra más ó menos en la elección de mujer, sino que también halagaba el orgullo del notario por la consideración inmensa de que su familia, noble por ambas partes, gozaba en Flandes y que recaería en su marido. Al día siguiente Pierquin sacó de su caja unos cuantos billetes de mil francos y fué á ofrecérselos amistosamente á Baltasar, para ahorrarle molestias pecuniarias en los momentos en que se hallaba sumido en la aflicción. Baltasar, agradecido á tan delicada atención, haría sin duda á su hija el elogio del corazón y de la persona del notario. Pero á Claes y á su hija les pareció aquella acción muy natural, y su quebranto era demasiado exclusivo para que pensarán en Pierquin. En efecto, la desesperación de Baltasar fué tan grande que las personas dispuestas á vituperar su conducta se la perdonaron, no tanto en nombre de la Ciencia que podía disculparle, cuanto en favor de su disgusto que no remediaba el daño. La gente se contenta con muecas, se paga de lo que da, sin comprobar su valor; para ella el verdadero dolor es un espectáculo, una especie de recreo que la mueve á absolverlo todo, hasta á un criminal; en su avidez de emociones, perdona sin discernimiento lo mismo al que la hace reír que al que la hace llorar, sin pedirle cuenta de los medios de que para lo uno ó lo otro se vale.

Margarita había cumplido ya los diez y nueve años cuando su padre le confió el gobierno de la casa en la que su autoridad fué piadosamente reconocida por su hermana y sus dos hermanos, á quienes, durante los últimos momentos de su vida, la señora Claes había recomendado que obedecieran á la hermana mayor. El luto realizaba su blanca lozanía, del mismo modo que la tristeza ponía de relieve su dulzura y su paciencia. Desde los primeros días dió pruebas de ese valor femenino, de esa serenidad constante que deben de tener los ángeles encargados de difundir la paz, tocando con su palma verde los corazones dolientes. Pero si se acostumbró á disimular sus dolores por la comprensión prematura de sus deberes, fueron por ello más vivos; su tranquilo exterior estaba, por lo común, reñido con lo profundo de sus sensaciones, y muy luego estuvo llamada á conocer esas

terribles explosiones de sentimiento que el corazón no siempre puede reprimir; su padre debía tenerla oprimida de continuo entre las generosidades naturales de las almas jóvenes y la voz de una necesidad imperiosa. Los cálculos que la preocuparon terriblemente desde el día siguiente al de la muerte de su madre, la pusieron en desagradable contacto con los intereses de la vida, precisamente cuando las jóvenes no conciben más que sus placeres. ¡Horrorosa educación de padecimiento que jamás ha faltado á los caracteres angelicales! El amor que se apoya en el dinero y en la vanidad constituye la más tenaz de las pasiones. Pierquin no quiso perder tiempo en asediar á la heredera. A los pocos días de comenzar el luto buscó ocasión de hablar á Margarita, y dió principio á sus operaciones con una habilidad que habría podido seducirla; pero el amor le había infundido en el alma una clarividencia que no la dejó alucinarsé por exterioridades tanto más favorables á las falacias sentimentales cuanto que en aquella circunstancia Pierquin hacía gala de la bondad que le era propia, la bondad del notario que se cree amante cuanto salva su dinero. Envalentonado con su dudoso parentesco, y con la constante costumbre que tenía de evacuar los negocios y de conocer los secretos de aquella familia, seguro de la estimación y de la amistad del padre, bien servido por la indiferencia del sabio que no había formado ningún proyecto determinado para establecer á su hija y no suponiendo que Margarita pudiese tener ninguna predilección, la dejó juzgar una asiduidad que no simulaba la pasión sino por la alianza de los cálculos más odiosos con almas jóvenes y que no supo disimular. Él fué quien se mostró ingenuo; ella la que se valió del disimulo; precisamente porque él creía obrar contra una doncella sin defensa, y porque desconoció los privilegios de la debilidad.

—Querida prima, dijo á Margarita con la cual se paseaba por las calles del jardinillo, ya conoces mi corazón y sabes cuán inclinado soy á respetar los sentimientos dolorosos que te afectan en este momento. Tengo el alma demasiado sensible para ser notario, no vivo sino por el corazón y me veo obligado á ocuparme constantemente de los intereses ajenos, cuando quisiera disfrutar de las emociones dulces que hacen la vida feliz. Por esto lamento en extremo verme obligado á hablarte de proyectos discordantes con el estado

de tu alma, pero es preciso. Hace algunos días que pienso mucho en ti. Acabo de averiguar que por una fatalidad singular corren riesgo la fortuna de tus hermanos y la tuya propia. ¿Quieres salvar á tu familia de una ruina completa?

—¿Qué hay que hacer para ello? preguntó Margarita medio asustada por estas palabras.

—Casarte, contestó Pierquin.

—No pienso casarme.

—Te casarás cuando reflexiones detenidamente en la situación crítica en que te hallas...

—Pues ¿cómo puede salvar mi casamiento...?

—A eso venía á parar, prima, dijo Pierquin interrumpiéndola. El casamiento emancipa.

—Y ¿para qué me he de emancipar?

—Para entrar en posesión de tus bienes, dijo el notario con aire de triunfo. En esta circunstancia, tomas la legítima que te corresponde de la herencia de tu madre. Para dártela hay que liquidar la herencia, y para liquidarla, habrá que vender en pública subasta el bosque de Waignies. Hecho esto, se capitalizarán todos los valores de la herencia, y tu padre, en su calidad de tutor, no tendrá más remedio que colocar la parte de tus hermanos, de suerte que la Química no podrá tocarla.

—Y en el caso contrario, ¿qué sucedería?

—Que tu padre administrará vuestros bienes; y si volviera á dedicarse á hacer oro, podría vender el bosque de Waignies y dejaros en cueros. El bosque de Waignies vale en la actualidad un millón cuatrocientos mil francos; pero si de hoy á mañana se le ocurre á tu padre talarlo, el terreno no valdrá trescientos mil francos. ¿No es preferible evitar ese riesgo casi seguro, haciendo recaer desde hoy el caso de reparto de la herencia á causa de tu emancipación? De este modo evitarás todas las talas del bosque, de las cuales dispondría más adelante tu padre en perjuicio vuestro. Ahora que la Química duerme, colocará necesariamente todos los valores de la liquidación en el Gran Libro. Los fondos están á cincuenta y nueve, por consiguiente, esos queridos niños tendrán cerca de cinco mil libras de renta por cincuenta mil francos, y teniendo en consideración que no se puede disponer de los capitales de los menores hasta su mayor edad, la fortuna de tus hermanos se duplicará. Mientras que de lo contrario... Además, tu padre ha mer-

mado los bienes de tu madre, y conoceremos el déficit mediante un inventario: si resulta deudor, hipotecaréis sus bienes, y de este modo salvaréis algo.

—Eso sería ultrajar á mi padre, contestó Margarita. No ha pasado tanto tiempo desde que mi madre pronunció sus últimas palabras para que no me acuerde de ellas. Mi padre es incapaz de despojar á sus hijos de lo que les pertenece, añadió derramando lágrimas de dolor; no le conoces bien, Pierquin.

—Pero, querida prima, si á tu padre le vuelve á dar por la Química...

—Nos arruinaríamos, ¿no es eso?

—Totalmente. Créeme, Margarita, dijo cogiéndole una mano que se llevó al corazón, faltaría á mis deberes si no insistiera. Tu interés tan solo...

—El interés bien entendido de mi familia exige que no me case: mi madre lo ha juzgado así, contestó Margarita con frialdad y retirándole su mano.

—Prima, replicó Pierquin con la convicción del hombre metalizado que ve que pierde una fortuna, te suicidas, arrojas al agua la herencia de tu madre. Pues bien, tendré toda la abnegación que me inspira la excesiva amistad que te tengo. ¡No sabes cuánto te amo! Te adoro desde el día en que te vi en el último baile que dió tu padre. Estabas encantadora. Puedes fiarte en la voz del corazón cuando habla de intereses, querida Margarita. Hizo una pausa.—Sí, convocaremos un consejo de familia y te emanciparemos sin consultarte.

—Pero, ¿qué significa eso de emanciparme?

—Gozar de tus derechos.

—Pues si puedo emanciparme sin casarme, ¿por qué quieres que me case? Y ¿con quién?

Pierquin quiso mirar á su prima con ternura, pero esta expresión contrastaba de tal modo con la rigidez de sus ojos acostumbrados á hablar de dinero, que Margarita creyó ver cálculo en aquella ternura improvisada.

—Te casarías con la persona que más te agradara... en la población... repuso. Te es indispensable un marido, hasta como negocio. Vas á verte en presencia de tu padre. Estando sola con él, ¿sabrás resistirle?

—Cuando llegue la ocasión sabré defender á mis hermanos.

—¡Ah taimada! pensó Pierquin. Y en alta voz añadió: No, no sabrás resistirle.

—Dejemos ya este asunto, dijo Margarita.

—Adiós, prima. Procuraré servirme á pesar tuyo, y te probaré cuánto te amo protegiéndote aunque no quieras contra una desgracia que todo el mundo prevé en la ciudad.

—Te agradezco mucho el interés que me demuestras; pero te suplico que no propongas ni hagas emprender nada que pueda causar un disgusto á mi padre.

Margarita se quedó pensativa viendo cómo se alejaba Pierquin, y comparó la voz metálica, los modales que no tenían sino la flexibilidad de los muelles, las miradas que dejaban traslucir más servilismo que dulzura, con las poesías melodiosamente mudas de que estaban impregnados los sentimientos de Manuel. Por más que se haga y se diga, hay un magnetismo admirable cuyos efectos jamás engañan. El sonido de la voz, la mirada, los ademanes apasionados del hombre amante se pueden imitar, y una joven puede ser engañada por un cómico hábil; mas para conseguir el objeto apetecido, ¿no hay que estar solo? Si esa joven tiene á su lado un alma que vibre al unísono de sus sentimientos, ¿no reconoce en breve las expresiones del verdadero amor? Tanto Manuel como Margarita se encontraban en aquel momento bajo la influencia de las nubes que desde su encuentro habían formado fatalmente una atmósfera sombría sobre sus cabezas y que les ocultaban la vista del cielo azul del amor. Manuel tenía, para su elegida, esa idolatría que la falta de esperanza hace tan dulce y tan misteriosa en sus piadosas manifestaciones. Colocado socialmente á bastante distancia de la señorita Claes por su escasa fortuna, y no teniendo un nombre ilustre que ofrecerle, no veía ninguna probabilidad de que le aceptara por esposo. Había esperado siempre algún estímulo que Margarita no quiso darle á los ojos desfallecidos de una moribunda. Tan puro el uno como el otro, aun no se habían dicho una palabra de amor. Sus alegrías habían sido las alegrías egoístas que los desgraciados se ven obligados á saborear solos. Habían vibrado sus corazones separadamente, por más que los agitase un rayo de la misma asperanza. Parecía como si tuvieran miedo de sí mismos, al mismo tiempo que no se desagradaban mutuamente. Así era que Manuel no se atrevía á tocar siquiera la mano de la soberana á la que había erigido un altar en su

corazón. El más leve contacto habría despertado en él sensaciones sobrado irritantes, y no habría podido domeñar sus sentidos desencadenados. Pero aunque no se hubiesen concedido ninguno de los menguados é inmensos, de los inocentes y graves testimonios que se permiten los amantes más tímidos, estaban, sin embargo, tan bien albergados el uno en el corazón del otro, que ambos se conocían dispuestos á hacerse mutuamente los mayores sacrificios, únicos placeres que les era dado saborear. Desde la muerte de la señora Claes, su amor secreto quedaba sofocado por los crespones del luto. Las tintas de la esfera en que vivían se habían convertido de pardas en negras, y las lágrimas apagaban sus claridades. La reserva de Margarita pasó á ser casi frialdad, porque tenía que cumplir el juramento exigido por su madre, y al ser más libre que antes, se volvió más rígida. Manuel respetó el luto de su amada, comprendiendo que la menor frase de amor, la exigencia más sencilla sería una grave transgresión de las leyes del corazón. Tan grande amor estaba, pues, más oculto que nunca. Aquellas dos tiernas almas despedían siempre el mismo sonido; pero separadas por el dolor como lo habían estado por las timideces de la juventud y por el respeto debido á los padecimientos de la difunta, se atenían aún al magnífico lenguaje de los ojos, á la muda elocuencia de las acciones desinteresadas, á una coherencia continua, sublimes armonías de la juventud, primeros pasos del amor en su infancia. Manuel iba todos los días á informarse del estado de salud de Claes y Margarita, pero no entraba en el comedor sino cuando llevaba una carta de Gabriel ó cuando Baltasar le hacía entrar. Su primera ojeada dirigida á la joven la transmitía mil pensamientos simpáticos; le apenaba la discreción que le imponían las conveniencias, pero de la que nunca había prescindido; participaba de su tristeza, y, en fin, derramaba el rocío de sus lágrimas en el corazón de su amiga con una mirada jamás alterada por ningún pensamiento oculto. El excelente joven vivía tan bien en el presente, se aferraba tanto á una felicidad que juzgaba fugitiva, que á veces Margarita se enfadaba consigo misma por no alargarle generosamente la mano, diciéndole: —Seamos amigos.

Pierquin no cejaba en sus obsesiones con esa terquedad que es la paciencia irreflexiva de los necios. Juzgaba á Margarita según las reglas ordinarias que el vulgo emplea para

apreciar á las mujeres. Creía que las palabras casamiento, libertad, fortuna, que le había dicho al oído germinarían en su alma, harían florecer en ella un deseo del que se aprovecharía, y se figuraba que su frialdad era disimulo. Pero aunque la prodigaba cuidados y atenciones galantes, no sabía ocultar los modales despóticos del hombre acostumbrado á dirimir las más graves cuestiones relativas á la vida de las familias. Para consolarla se valía de esos lugares comunes que son familiares á las gentes de su profesión, los cuales pasan caracoleando sobre los dolores y dejan en ellos una sarta de palabras secas que desfloran su santidad. Su ternura era hojarasca. Dejaba su fingida melancolía á la puerta al ponerse sus dobles zapatos para el barro ó al recoger el paraguas. Se valía del tono que su larga familiaridad le autorizaba á tomar como de un instrumento para introducirse más en el corazón de la familia, á fin de decidir á Margarita á un enlace divulgado de antemano en toda la ciudad. El amor verdadero, desinteresado, respetuoso formaba, pues, un contraste marcado con un amor egoísta é hijo de cálculo. Todo era homogéneo en aquellos dos hombres. El uno fingía una pasión y se armaba de sus menores ventajas para poder casarse con Margarita; el otro ocultaba su amor, y temblaba de dejar conocer su abnegación. Algún tiempo después de la muerte de su madre, y precisamente en el mismo día, Margarita pudo comparar á los dos únicos hombres que estaba en el caso de juzgar. Hasta entonces la soledad á la que había estado relegada no le había permitido ver el mundo, y la situación en que se encontraba no dejaba ningún acceso á las personas que pudieran pensar en pedirla en matrimonio. Un día, después de almorzar, en una de esas hermosas mañanas de abril, Manuel llegó en el momento en que Claes salía. Baltasar soportaba tan difícilmente el aspecto que presentaba su casa, que iba á pasearse por los baluartes una parte del día. Manuel quiso seguirle, titubeó, pareció sacar fuerzas de sí mismo, miró á Margarita y se quedó. La joven adivinó que el profesor quería hablarle y le propuso salir al jardín. Hizo que Felicia se fuese con Marta que trabajaba en la antecámara situada en el primer piso, y luego se sentó en un banco donde la podían ver su hermana y la anciana dueña.

—El señor Claes está tan absorbido por su disgusto como lo estaba por sus sabias investigaciones, dijo el joven al ver

salir á Baltasar lentamente por el patio. Todo el mundo se compadece de él; anda como hombre que no piensa, se detiene sin motivo y mira sin ver...

—Cada dolor tiene su expresión, contestó Margarita reprimiendo el llanto. ¿Tenía usted algo que decirme? preguntó después de una pausa.

—Señorita, dijo Manuel con acento conmovido, no sé si me asiste el derecho de hablar como voy á hacerlo. Ruego á usted que no vea en ello sino un afán de serla útil, y permítame creer que un profesor puede interesarse por la suerte de sus discípulos hasta el punto de preocuparle su porvenir. Gabriel, su hermano de usted, ha cumplido ya quince años, está en segunda enseñanza, y es necesario combinar sus estudios para la carrera que se proponga elegir. A su padre de usted incumbe decidir este asunto; pero si no se cuidara de ello, ¿no sería una desgracia para Gabriel? ¿No sería también mortificante para su padre de usted el que se le hiciera observar que no se cuida de su hijo? En esta coyuntura, ¿no podría usted consultar á su hermano acerca de sus gustos, hacer que él mismo escogiese una carrera, para el caso en que, andando el tiempo, su padre quisiera que fuese magistrado, administrador, militar, Gabriel tuviera ya conocimientos especiales? No creo que ni usted ni el señor Claes quieran dejarle ocioso...

—¡Oh no! contestó Margarita. Doy á usted mil gracias, Manuel; tiene usted razón. Mi madre, al enseñarnos á hacer encaje, á dibujar, á coser, á bordar, á tocar el piano, nos decía á menudo que nadie sabía lo que podría suceder en esta vida. Gabriel debe tener cierto valer personal y una educación completa. Pero ¿qué carrera es la más conveniente para un hombre?

—Señorita, dijo Manuel temblando de contento, de todos los de su clase, Gabriel es el que muestra más aptitud para las matemáticas; si quisiera entrar en la Escuela politécnica creo que adquiriría conocimientos útiles para todas las carreras. Cuando saliera de ella, sería dueño de elegir aquella á que tuviera más vocación. Así se ganaría tiempo sin prejuzgar hasta entonces nada acerca de su porvenir. En todas partes se recibe bien á los hombres salidos con honor de esa Escuela, y sus alumnos han llegado á ser administradores, diplomáticos, ingenieros, generales, marinos, magistrados, fabricantes y banqueros. No tiene, pues, nada de extraordi-

nario el que un joven de buena casa ó rico trabaje con objeto de ser admitido en ella. Si Gabriel se decidiera, yo le pediría á usted... ¿me lo concedería? Dígame que sí.

—Pero ¿qué?

—Ser su instructor.

Margarita miró al joven Solís, le tomó la mano, y le dijo:

—Sí.

Hizo una pausa, y añadió conmovida:

—¡Cuánto aprecio la delicadeza que le induce á usted á ofrecermé precisamente lo que puedo aceptar de usted. Por lo que acaba usted de decir veo que ha pensado en nosotros. Se lo agradezco en extremo.

Aunque dijo estas palabras sencillamente, Manuel volvió la cabeza para que Margarita no viera las lágrimas que el placer de serle agradable hacía acudir á sus ojos.

—Le traeré á usted los dos, dijo cuando se serenó un poco; mañana es día de asueto.

Se levantó, saludó á Margarita que le siguió, y cuando estuvo en el patio, la vió todavía en la puerta del comedor desde donde le hizo una seña amistosa. Después de comer, el notario fué á visitar á Claes, y se sentó en el jardín entre su primo y Margarita, precisamente en el banco en que se había sentado Manuel.

—Querido primo, dijo, he venido esta tarde con el objeto de hablarte de negocios. Han transcurrido ya cuarenta y tres días desde la muerte de tu mujer.

—No los he contado, dijo Baltasar enjugándose una lágrima que le arrancó aquel recuerdo.

—Pero ¿cómo puedes...? dijo Margarita mirando al notario.

—Prima, los notarios tenemos la obligación de contar los plazos fijados por la ley. Precisamente se trata de ti y de tus coherederos. Claes sólo tiene hijos menores, y está obligado á hacer un inventario dentro de los cuarenta y cinco días siguientes al fallecimiento de su mujer para hacer constar los valores de la comunidad. ¿No conviene saber si es buena ó es mala para aceptarla ó atenderse á los derechos puros y simples de los menores? Margarita se levantó.—No te vayas, prima, que lo que digo te concierne á ti y á tu padre. Ya sabéis cuánta parte tomo en vuestras penas; pero hay que ocuparse hoy mismo de estos detalles, pues de lo contrario unos y otros podríais veros en un aprieto. En este